

DE JOUVENEL, Bertrand, *La Ética de la redistribución*. Madrid, España: Katz editores, 2010. 126 pp.

A mediados del siglo XX ya se tenía certeza de la superioridad del capitalismo y la libertad por sobre el socialismo. Varios autores, entre los más descollantes podemos nombrar a Mises, Hayek ó Ayn Rand, se encargaron de poner de manifiesto en sus obras la supremacía en todos los sentidos del modelo que respetaba los derechos del hombre, y cuyo paradigma eran los Estados Unidos de América (mundo libre), en contraste con el régimen de servidumbre que se vivía en los países que se encontraban bajo la férula soviética.

Pero de todos los aspectos filosóficos, era el ético el flanco más débil del capitalismo y el objeto de la crítica más acerba de parte de los socialistas de todos los partidos, como diría Hayek en su camino de servidumbre. El lucro, el egoísmo, el hecho de que en una economía de mercado es el dinero la medida y llave hacia los bienes y la satisfacción personal, siempre ha sido difícil de asimilar por las masas que ignoran el funcionamiento de una sociedad capitalista. Entonces, era la brutalidad del régimen totalitario soviético el que mantenía a la opinión pública reticente ante su implacable avance luego de la Segunda Guerra Mundial. Pero sus fundamentos morales aparentaban ser, por el contrario, altruistas y solidarios, y atraían fuertemente a los más ingenuos, sobre todo en los países subdesarrollados que menos habían conocido las ventajas de una economía libre. Se pensaba que, en el fondo, el socialismo era más humano y preferible, solo que aún no había tenido tiempo de demostrar sus bondades.

Este es el contexto en que Bertrand De Jouvenel, filósofo y economista francés, escribió las dos conferencias dictadas en 1951 en el Colegio Corpus Christy de Cambridge, y que forman el librito que reseñamos. El texto trata, con singular claridad, dos cuestiones fundamentales: el ideal socialista y el gasto fiscal. Aunque, su aporte, no es tanto la novedad del tema pues Hayek y Mises ya lo habían tratado con mayor rigor, sino la metodología y la capacidad de abstraer la cuestión ética de la económica, pues la superioridad en brindar un estilo de vida elevado y con mayor capacidad de consumo era a todas luces mérito del capitalismo, y estaba fuera de dudas.

El afán de redistribuir señala De Jouvenel no es una noción que provenga del socialismo, al menos no en su concepción moderna. En la Historia, lo primero que se puso como objeto de redistribución fueron las tierras, lo que se conoce como *agrarismo*, y en esto se tuvo buen cuidado de no incluir las herramientas que harían producir la tierra e igualarían los ingresos (que este no era el fin de redistribuir la tierra), sino repartir entre los hombres los bienes que Dios proveía, pero no lo que los hombres producían.

Diferente del *igualitarismo agrario*, que buscaba justa distribución, es el socialismo. Para nuestro autor, el sentimiento esencial que origina al socialismo no es la indignación moral por la injusta distribución de la tierra o el ingreso, sino la intención de implantar un nuevo orden de "amor fraternal" entre los hombres: "más bien, es una rebelión emocional contra los antagonismos dentro de la sociedad, contra la fealdad del comportamiento de los hombres unos con otros", desde ya podemos ver como De Jouvenel en su diagnóstico del socialismo coincide con el que unos años antes dio Ludwig von Mises, en su obra *Libe-*

*ralismo*<sup>1</sup>, el austríaco sobre el particular decía lo siguiente: “(la resistencia al liberalismo no proviene de la razón), sino de una actitud psicológica que tiene aspectos patológicos: de un resentimiento y de un complejo que podemos llamar “complejo de Fourier”, del nombre del célebre socialista francés”; entonces, de lo que se trata no es de reducir los contactos entre los hombres y de renunciar a la división del trabajo (que desde David Ricardo sabemos ha brindado tanto bienestar a la humanidad), y así acabar con la fealdad del mundo, tampoco de dejar su parcela individual a cada cual para que en ella haga lo que estime conveniente, al estilo del *agrarismo*. El socialismo tiene su propia propuesta que es a la vez su contradicción vital.

El socialismo propone un nuevo espíritu de aceptación gozosa de la interdependencia que existe entre los hombres, que la división del trabajo y los intercambios entre los hombres no estén ya orientados por el propio interés, en otras palabras, que llamados por el progreso económico los hombres se sirvan mutuamente entre sí pero con un “espíritu nuevo”, no como el “viejo” hombre que a regañadientes medía su servicio contra su compensación, sino como el “nuevo” hombre que halla su felicidad en el bienestar de sus hermanos.

Identificado el origen sentimental del socialismo, es necesario conocer cuáles son sus medios. Respecto de esto, ha identificado a la propiedad privada como la fuente de los antagonismos que repulsa en la vida social, ya sea entre los que son propietarios y los que no, como entre los mismos propietarios. El bálsamo de Fierabrás socialista es, por tanto, eliminar la propiedad privada y así desaparecerán las contradicciones y jerarquías que tensan las relaciones entre los individuos. Hecho esto, será innecesaria toda coacción porque los hombres serán hermanos unos con otros, toda policía o uso de la fuerza institucional ya no será necesaria, y la siguiente promesa del evangelio socialista, consecuentemente, es la disolución del Estado por resultar innecesaria su existencia.

Pero esa sociedad fraterna a la que aspira el socialismo ya existe y funciona desde hace siglos –a juicio del autor–, es una comunidad monástica. Pero sus fundamentos son muy otros de los acariciados por el ideal socialista, los monjes se han unido no por interés propio sino por amor al “Padre”, y su relación altruista respecto de los bienes materiales se debe a que no los valoran, los desprecian: “Sus deseos no se dirigen a objetos materiales escasos, lo que los haría competitivos, sino que se dirigen a Dios, que es infinito”.

A fin de cuentas, el socialismo pretende fundar una sociedad monástica pero sin la fe que es su causa. Se inserta en el mundo con total apego a lo material y al progreso que la humanidad ha conocido con el capitalismo. No acepta la visión de que el consumo es algo trivial sino que lo venera y anhela, siempre que se dé con las características del “nuevo” hombre. Sin embargo, si para la sociedad está bien que aumente la riqueza y los bienes disponibles, por qué razón tal cosa es repudiada cuando se predica del individuo. Por qué si se desea el triunfo del hombre sobre la naturaleza y disfrutar del botín que ello provea, se rechaza la actitud necesaria para alcanzar ese objetivo. No será acaso que muchos de los rasgos de la sociedad que el socialismo rechaza, provengan justamente del propósito al que él también anhela.

<sup>1</sup> V MISES, Ludwig, “Liberalismo”, 5ª Edición, Unión Editorial, Madrid, 2007, pp. 40 y ss.

Las dos conclusiones finales que podemos obtener de De Jouvenel son: que todo el tinglado redistributivo tiene una letal consecuencia para la libertad de quienes no forman parte del aparato estatal, esto es, traslada el poder desde los ciudadanos hacia los gobiernos que terminan decidiendo en nombre de ellos cómo gastar sus ingresos; y su fundamento moral no es un genuino altruismo o preocupación por el bienestar ajeno, sino la envidia por los bienes que no se puede disponer.

JORGE RAMÓN MARTÍNEZ RIVERA